

## **Aguirre, Rafael (2024): *La utilización política de la Biblia. Epílogo de Julio Treballe, Verbo Divino, Madrid, 256 pp. ISBN: 978-84-9073-987-7.***

**Carmen López Alonso**  
Universidad Complutense de Madrid, España ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ilur.95168>

La Biblia es un libro político, dice Rafael Aguirre. Difícilmente se puede entender la historia social y cultural de Occidente, así como su repercusión en los cinco continentes, sin la presencia de este texto, revelado por Dios según los creyentes, cuyo alcance va mucho más allá de lo religioso. Objeto de reinterpretaciones sucesivas, superpuestas y a veces opuestas entre sí, la Biblia hebrea, la memoria social del pueblo hebreo, tiene en la interpretación de acontecimientos políticos su columna vertebral (:12). También su prolongación en la Biblia cristiana (el Nuevo Testamento) lleva una profunda carga política. En ambos casos, en la dirigida al pueblo de Israel, como en la cristiana que se dirige, más universalmente, al pueblo de Dios, lo que se propone es una conversión radical que transforme a ese pueblo en referencia y germen de una nueva polis. Nueva y ejemplar. Una “luz de las naciones”, en palabras del profeta Isaías, que serán reapropiadas por el nacionalismo sionista.

Esta reapropiación, entendida en unas ocasiones como cumplimiento de un mandato divino, y en otras de modo meramente instrumental, es una de las cuestiones centrales en este texto de Rafael Aguirre, profundo conocedor del tema que ha vivido las dos vidas, la bíblica y la política, y las ha unido en este libro, como dice Julio Treballe en su Epílogo, (:225). En él se estudian cinco zonas (por este orden, EE. UU, Sudáfrica, Israel, América Latina y Reino Unido) en las que la utilización política de la Biblia ha sido, y sigue siendo, central. No se incluyen los países del Sur europeo donde el dominio del catolicismo contrarreformista hizo que la influencia de la Biblia fuera inexistente, salvo en pequeños grupos disidentes clandestinos.

Un esclarecedor primer capítulo expone la importancia del libro del Éxodo y de su tradición liberadora de la opresión, que aparece como referencia en prácticamente todos los escenarios estudiados. A diferencia de las cosmogonías de otros pueblos, en el mito de los orígenes del pueblo de Israel Dios irrumpe en la historia y es la epopeya histórica, reinterpretada a lo largo del tiempo, lo que hace de la Biblia un libro político. Aguirre, tras advertir que está hablando del *Israel bíblico*, no de la *historia del Israel real* (:21) expone los elementos básicos del mito de los orígenes tal como aparecen en la *Torá*, los cinco primeros libros de la Biblia hebrea, y recuerda que éstos terminan antes de la conquista de la tierra prometida, que Moisés no llega a pisar. Viene luego la implantación en ella hasta el exilio en Babilonia, que es entendido como un castigo por no haber cumplido la misión que se le encomendó de implantar el derecho y la justicia. Los profetas, otro de los grandes elementos de la Biblia hebrea, recuerdan la obligación de fidelidad a los mandatos de la *Torá* y la necesidad de realizar un nuevo éxodo que restaure la justicia. También en el Nuevo Testamento hay una referencia exódica en la interpretación del bautismo de Jesús y de los cristianos, en la muerte y en la resurrección (:39).

Las alusiones al Éxodo son continuas y sus interpretaciones múltiples y contrapuestas, como muestran los cinco capítulos siguientes. En el dedicado a los Estados Unidos vemos a los conquistadores como nuevos protagonistas del Éxodo, a los indígenas entendiendo su lucha como la nueva liberación de Egipto, a los abolicionistas y a los esclavistas defendiendo sus posiciones relacionándolas con la Biblia, al igual que harán más tarde los afroamericanos en su lucha por los derechos civiles. Recuerda Aguirre que algunas interpretaciones han llevado a afirmar, con J. Coffey (2014) que “Mientras haya gente que crea en el Yahvé de la liberación, el mundo no estará libre del Yahvé conquistador”. Sin embargo, y siempre con este peligro, la utilización más frecuente ha sido la realizada por las víctimas, por los pobres. La teología de la liberación es un caso prototípico de ello, como se ve especialmente en el capítulo quinto centrado en América Latina.

Si todos los capítulos se insertan dentro de un contexto sociopolítico e histórico, expuesto sintéticamente y con notable claridad, destaca éste en el que el autor estudia el proceso desarrollado en los veintisiete países latinoamericanos, muy diferentes entre sí, pero en los que la lectura política de la Biblia ha tenido una gran influencia, tanto en la citada teología de la liberación como en la actual deriva fundamentalista y defensora de la “teología de la prosperidad” de los grupos evangélicos. Aguirre expone en detalle la importancia

de la lectura popular hecha en multitud de comunidades cristianas en la que los laicos tienen un importante papel. La lectura sigue el método de ver-juzgar-actuar y recurre a textos muchas veces ciclostilados y no fácilmente accesibles para la investigación, que R. Aguirre estudia en una de las grandes aportaciones del libro. En esta evolución es incuestionable la importancia del Concilio Vaticano II y la influencia del episcopado latinoamericano en él, al igual que la de la Conferencia de Medellín en 1968. También la tiene el giro dado a los jesuitas por el padre Arrupe y la Congregación General (1975) y el papel de sus universidades, especialmente de la UCA en El Salvador, y de su rector Ignacio Ellacuría –asesinado en 1989, junto a su comunidad, por un escuadrón del ejército– que se convierten en una gran referencia moral e intelectual. El énfasis del planteamiento liberador de los años 80-90, especialmente en el “hervidero centroamericano”, enfatiza la centralidad del Jesús histórico, la de los pobres y la del compromiso político como una forma de amor cristiano en una Iglesia vista como pueblo de Dios. Esta interpretación bíblica es desafiada por la corriente “indigenista” que considera que la evangelización suplantó los mitos ancestrales de los pueblos autóctonos y fue un instrumento más de la colonización (:162).

Algo que también se plantea en el caso de los Estados Unidos (capítulo 2). A diferencia de la ruptura que supuso la Revolución francesa, la americana continuó la tradición protestante y puritana de los primeros colonizadores. La Biblia está enraizada en el mito de los orígenes y siguió siendo la referencia de unionistas e independentistas en el siglo XVIII, que citan la salida de Egipto y el hundimiento del ejército del Faraón (Ex. 14-15), mientras que los unionistas defienden la obediencia a los ingleses, apoyándose sobre todo en Rom.13. Como ya se dijo, las citas bíblicas se repiten en la guerra civil (1861-1865) y son centrales en la lucha por los derechos civiles, encabezada por Martin Luther King, cuyos discursos son analizados en detalle. El libro reproduce el pronunciado en 1963, *I have a dream*, que funde textos bíblicos y textos profanos y que “marca un hito histórico en la oratoria religiosa y política” (:55). También los últimos presidentes (R. Reagan, G. Bush, B. Obama, D. Trump, J. Biden) se refieren a la Biblia en múltiples ocasiones, defendiendo sus dispares posturas políticas. El autor estudia los discursos de los cinco y señala el punto de inflexión que supone Reagan, que cambia el sentido político al hacer una apropiación conservadora del texto bíblico. En los EE.UU. la Biblia, sin perder su importancia, va siendo sustituida por la bandera como la referencia sagrada de la nación norteamericana (:79).

El capítulo 4 estudia el caso de Sudáfrica, cuyo proceso, muy vinculado con la Biblia, es descrito en una frase lapidaria: “Cuando los blancos llegaron a nuestro país ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra, Los blancos nos enseñaron a rezar. Después de rezar, los blancos tenían la tierra y nosotros teníamos la Biblia” (:119) Aguirre analiza las referencias a la Biblia utilizadas para defender posturas opuestas, el apartheid y su supresión. El primero es defendido desde el inicio por la Iglesia Reformada holandesa. Aguirre analiza en detalle el documento de 1974 que representa la defensa más clara de lo que Loubster (1987) califica como la “Biblia del apartheid” (:128). En los 1980 hay un amplio debate, dentro del que se encuentra el Documento Kairós (1985) elaborado por un grupo de teólogos de diferentes iglesias, muy próximo a la teología de la liberación, y que tiene una gran influencia, como se ve en el cambio de la Iglesia Reformada que en 1986 en un documento oficial declara que “una separación y división forzada de pueblos no puede considerarse como un imperativo bíblico” (:137). El apartheid es progresivamente eliminado. En 1994 se celebran las primeras elecciones democráticas y se crea la Comisión para la Verdad y la Reconciliación presidida por el arzobispo D. Tutu y en la que participa, a partir de 1997, la Iglesia Reformada.

No podía faltar el estudio del Reino Unido (capítulo 6) cuyo peso en los anteriores es indiscutible. Aguirre hace un sintético recorrido histórico y señala la importancia de la Christian Social Union (1889) y de J.K. Hardie en el desarrollo del laborismo –recuerda que en 1945 más de cien diputados del grupo laborista pertenecían a la Unión Socialista Cristiana– (:191). Al igual que en otros casos, el dominio de la lectura radical de la Biblia va a dar paso a la neoliberal, aunque la primera seguirá viva algunos movimientos sociales. La lectura neoliberal es representada especialmente por M. Thatcher cuya formación teológica se trasluce en muchos de sus discursos. El libro estudia especialmente el de 1988, que responde a las críticas que la Iglesia de Inglaterra había hecho tres años antes (*Faith in the City*) a la política ultraliberal del gobierno. Sigue la exposición del llamado “nuevo laborismo” y los mandatos de T. Blair y Cameron. Es muy interesante el análisis que se hace del discurso de este último en 2011, en la conmemoración de los cuatro siglos de la publicación de la Biblia del rey James I (:201-210). El capítulo se cierra con un estudio de la utilización de la parábola del buen samaritano en el que se vuelve a mostrar la versatilidad política de la Biblia.

Por último, y no lo menos importante, está el capítulo 3 dedicado a la Biblia en el Estado de Israel. Siguiendo el mismo esquema de los anteriores, y en una empresa casi imposible en tan corto número de páginas (:81-100) se hace una introducción histórica que resume el desarrollo del judaísmo postbíblico, del ‘protosionismo’ y del sionismo cristiano, para pasar a las dos ramas del sionismo, la laborista y la revisionista. El autor, que recuerda la importancia de las referencias bíblicas en ambos, así como en las corrientes antisionistas y asimilacionistas del judaísmo reformado y en las de la ortodoxia talmúdica, termina haciendo una referencia al llamado neosionismo. Aguirre logra trazar un marco que ayuda a encuadrar, que no comprender, el desarrollo estatal israelí y su deriva actual. El libro estaba ya a punto de ser entregado a la imprenta cuando el 7 de octubre tuvo lugar el ataque de Hamas y la declaración de guerra de Israel, guerra que hoy, cinco meses después, cuando esto se escribe, sigue en su marcha despiadada. Aquí el autor reflexiona sobre la situación y menciona las varias referencias a la Biblia por parte de Netanyahu y los oficiales israelíes. Coincide Aguirre con R. Harari al recordar que el segundo Templo fue destruido por el fanatismo religioso de los zelotes (refiriéndose a la guerra de 66-70 d.C. contra el imperio romano) y afirma, valientemente, que “la deriva actual del Estado de Israel y su base bíblica es un atentado gravísimo contra el judaísmo como tradición cultural, humanista y religiosa” (:103-104). Valiente porque, como se explica en el mismo libro, la política

llega a los escritorios de los estudiosos de la Biblia (:105-109), algo que recuerda lo que J. Butler, entre otros, denunciaba hace ya un tiempo (Butler, 2023). Cierra el capítulo una referencia a la utilización de la Biblia en la política palestina cristiana, y cita el libro de N.S. Ateek (2008) que señala que es preciso des-sionizar la lectura bíblica y lograr una lectura alternativa (:118).

El muy documentado Epílogo de Julio Trebolle sobre la teología política de la Biblia y la función política de las traducciones bíblicas complementa este libro. A lo largo de su exposición Trebolle muestra como la cultura europea es una fusión de tradiciones orientales y grecolatinas e insiste en que “una Europa que reconoce sus raíces en Jerusalén, Atenas y Roma y en las respectivas lenguas, culturas y tradiciones jurídicas y políticas podrá asumir con más facilidad un modelo de sociedad necesariamente sincrético y abierto a influjos muy dispares in perder por ello su propia identidad” (:247).

En suma, estamos ante una obra que agradecerán todos los interesados en profundizar en las relaciones entre religión y política. Pese a que el autor la presente como una suerte de “Relectio” de los cursos académicos sobre el tema, al modo de lo recopilado por los alumnos de Francisco de Vitoria, el libro es bastante más, en la medida en que el aliento crítico del autor trasluce en todo el texto. Un libro, por tanto, de lectura muy recomendable, escrito en lenguaje claro y con referencias que permiten ampliar las respuestas a las muchas preguntas que sus páginas provocan.

## **Bibliografía**

- Ateek, Naim S. (2008): *A Palestinian Christian Cry for Reconciliation*, N. York, Orbis Book.
- Butler, Judith (2013): “There can be no critique”, *Boston Review*. Disponible en: <https://www.bostonreview.net/articles/there-can-be-no-critique/> [Consulta: 23-12-2023]
- Coffey, John (2014): *Exodus and Liberation. Deliverance Política from John Calvin to Martin Luther King Jr.* Oxford: Oxford University Press.
- Loubser, J.A. (1987): *The Apartheid Bible. A Critical Review of Radical Theology in South Africa*, C. del Cabo, Maskew Miller Longman.

